

## 5

### CONCLUSIÓN

### RESULTADOS Y CONSIDERACIONES FINALES

En este último apartado, y a manera de ir concluyendo con nuestro derrotero propuesto al inicio de este estudio, expondremos aquí algunas conclusiones y consideraciones finales sobre el tema que nos ocupa. Estas colocaciones que hacemos aquí tienen la finalidad de ayudar e iluminar con algunas alternativas teológicas-pastorales que colaboren para superar la “actual crisis sacramental en América Latina”, de la que hemos dado cuenta a lo largo de este planteamiento en los capítulos anteriores. Son cinco propuestas y reflexiones que no tienen la pretensión de ser conclusivas y sí incentivas para continuar profundizando en el tema.

Después de haber constatado, en el primer capítulo, la importancia de la dimensión antropológica del símbolo, su exceso de significación y su relación con la antropología cristiana del sacramento, pasamos a reflexionar, en el segundo capítulo, la tipificación de cuatro grupos sociales propuestos por Jon Sobrino (y que a juicio del autor y del nuestro, expresan mejor la crisis sacramental de nuestros días) y su referencia con el modo y significado de la celebración de los sacramentos por parte de éstos, para descubrir los aciertos, sus erros, sus ambivalencias y las posibles luces para superar dicha crisis sacramental. En el tercer capítulo de nuestro trabajo abordamos el análisis de la disociación entre la dimensión del sacramento, entendido como celebración constitutiva de la iglesia, y la razón de ser del mismo a partir de la comprensión de la misión de la iglesia en el horizonte del reino de Dios. Puntualizamos la importancia de esta perspectiva eclesial dado que es a partir de ésta que se descubren que los sacramentos deben ser comprendidos a partir de la misión de la Iglesia, lo cual les hace perder su autonomía y con ello posibilita otros modos y formas de representar, de vivir y festejar los signos cristianos de la sacramentalidad en contextos diferentes. Es a partir de esta perspectiva desde la que analizamos la actual crisis sacramental con la pretensión de descubrir algunas alternativas en lo referente a la manera de entender, vivir y celebrar los sacramentos hoy, como signos

de la gracia de Dios, dando como resultado algunas pistas de acción que desglosaremos a continuación.

Cabe señalar aquí que, dado la agudeza del problema que nos ocupa, vemos con honestidad intelectual que para superar esta realidad de la actual crisis sacramental, no existen recetas de cocina ni soluciones mágicas *a priori*; sin embargo, trataremos de puntualizar, en estos cinco tópicos siguientes, algunas alternativas litúrgico-teológicas-pastoral que ayuden e iluminen la tarea evangelizadora de la iglesia y contribuya para superar dicha crisis sacramental.

Para una mejor comprensión de las alternativas que proponemos, colocaremos primeramente, lo que a nuestro juicio representa las principales problemáticas, desafíos y retos pastorales referentes a las celebraciones de los sacramentos y prácticas sacramentales para, en un segundo momento, proponer o sugerir una tentativa de superación.

1.- La bifurcación en un sentido negativo entre evangelización y sacramentalización se clarifica si tenemos en cuenta la falta de una vivencia sacramental desde un imperativo evangélico que tiene sus coordenadas ético práctico en la figura, pero sobre todo en la práctica de Jesús de Nazaret. Esta realidad ha redundado en una seria crisis sacramental que, como apuntábamos en el primer capítulo, va más allá de la estadística, es decir, del número de receptores de los sacramentos y de templos vacíos o semi-vacíos, sino que esto refleja, — y que en última instancia es lo más preocupante — la falta de coherencia entre lo vivido cotidianamente con lo celebrado sacramentalmente, es decir, la falta de consciencia de entender la celebración del sacramento como signo y símbolo que memoriza en comunidad, los momentos importantes de la vida y del caminar de una persona, en el seguimiento de Jesús y el pro-seguimiento de su causa.

De aquí que algunos teólogos y pastores en la Iglesia consideren que la errónea identificación entre «evangelización y sacramentalización», — sin pretender hacer una lectura reduccionista del problema —, es una de las principales raíces de la actual “crisis sacramental”, que se refleja en la manera de entender, vivir y celebrar los sacramentos y los sacramentales en la actualidad actual de América Latina.

Tentativa de superación de la dialéctica «sacramentalización–evangelización»: Constatamos que uno de los aspectos pastorales y de evangelización que nos aquejan y que tenemos que superar como Iglesia, es la equiparación e identificación errónea entre lo que es propiamente evangelización y sacramentalización. La falta de claridad teológica de lo que constituye realmente la evangelización integral en esta dialéctica en el trabajo pastoral, tienen como resultado la actual crisis sacramental (sin que ésta sea la única razón). La poca nitidez en la diferenciación entre estos dos aspectos en la pastoral y en lo teológico ha redundado en la identificación, muchas veces casi “hipostática”, de una con la otra, creyendo que por el hecho de que nuestro pueblo esté frecuentando los sacramentos y con ello haciendo acto de presencia en los templos, esto sea automáticamente un signo de evangelización, cuando la mayoría de las veces tiene su símil más bien con un proceso de sacramentalización. Sin embargo, esto no quiere decir que necesariamente sacramentalización y evangelización tengan que estar contrapuestos uno con el otro, sino por el contrario, ambos son complementarios. Entre la labor evangelizadora de la iglesia y el ofrecimiento y celebración de los sacramentos *ad intra* de ella, debe existir un sano equilibrio, donde la importancia o puntualización no recaiga en uno de estos polos, ya que el proceso evangelizador tiene su culmen en esta celebración lúdica del sacramento a la vez que el sacramento alimenta y alienta el compromiso evangelizador en el seguimiento de Jesús. Evangelización y sacramentalización no son dos realidades que se antepongan una de la otra, no son antípodas ni acciones yuxtapuestas, ambas son la expresión de una misma realidad, de una verdadera evangelización integral, holística y orgánica. En este sentido, lleva razón el Papa Pablo VI cuando nos advertía: “[...]. En cierto sentido es un equívoco oponer, como se hace a veces, la evangelización a la sacramentalización. [...]. La finalidad de la evangelización es precisamente la de educar en la fe de tal manera que conduzca a cada cristiano a vivir — y no a recibir de modo pasivo o apático — los sacramentos como verdaderos sacramentos de la fe.”<sup>356</sup>

Estoy plenamente convencido que para superar esta crisis sacramental que nos aqueja, es preciso recuperar en la pastoral la correlación necesaria entre lo celebrado sacramentalmente con lo vivido cotidianamente, el cual debe de configurar no

---

<sup>356</sup> Cf. EN n. 47.

solamente nuestra pastoral sacramentaria hoy sino también la reflexión de la teología sacramentaria. Los sacramentos así entendido y vividos no permiten ser reducidos a mera concatenación de ceremonias ni a una visión cuantitativa para conquistar adeptos, sino, por el contrario, se enmarcan en un plano positivo que lleva a incentivar una práctica verdaderamente cristiana alimentada por símbolos y ritos que celebren y hagan presente el seguimiento y el proseguimiento de la praxis liberadora de Jesús.

2.- Desafío a las celebraciones litúrgicas de los sacramentos: En las celebraciones litúrgicas, hoy más que nunca, — más allá de la problemática de número — es de capital importancia recuperar el espíritu evangélico de los sacramentos y su dimensión de memorial a la hora de celebrarlos. Superar la rutinización y monotonía en la que muchas veces han caído los sacramentos por falta de clareza tanto simbólica como teológica. En este sentido, es importante recuperar la dimensión “anamnética” y “kairológica” de la celebración. Reconocer — como lo planteábamos en el segundo capítulo de nuestro estudio — que celebrar *anamnéticamente* los sacramentos, es precisamente hacer un alto en el camino, un lapso en el tiempo cronológico, manifestado como homogéneo e igual para todos los que lo viven. Celebrar es un tiempo en el cual se renuncia a la actividad del día a día, evocando la realidad de un pasado visto con gratitud y de un futuro proyectado esperanzadoramente, los cuales son memorados vívidamente con pasión en un presente kairológico entendido como tiempo de gracia.

La tentativa de superación aquí pasa necesariamente por los esfuerzos de celebrar los sacramentos desde la perspectiva de ser celebraciones *anamnéticas-kairológicas*: La propuesta como alternativa a la crisis sacramental actual sería que éste eje fundamental de la celebración en sentido *anamnético* configure la pastoral litúrgica y la teología sacramentaria. El acto de celebrar, decíamos anteriormente, supera todas las dicotomías y divisiones del tiempo cronológico. Celebrar los sacramentos desde una óptica *anamnética* es tornar la vida en un tiempo que no es cronológico, que no es lógico, no es más mecánico, no es más diacrónico, en la cual, mediante la celebración de los ritos sacramentales, se torna verdad en el tiempo presente lo que fue verdad en el origen. Celebrar es subvertir la lógica del tiempo

cronológico en un tiempo *kairológico*, en un tiempo sincrónico, en un tiempo de gracia.

El tiempo *kairológico* por su misma esencia se constituye como un tiempo de gracia y de reconciliación, de creación y re-creación en clave de *kénosis*. Por ello es conveniente que la pastoral sacramentaria tenga en cuenta el tiempo pleno, el tiempo propicio, el tiempo de gracia de forma que la celebración no esté fijado por el tiempo cronológico cuanto por el tiempo de gracia; que la celebración de los sacramentos, en las comunidades cristianas, no estén supeditados a una cuestión de edad cuanto por el tiempo de plenitud y de compromiso con la causa de Jesús y en el horizonte del reino

Las celebraciones de los sacramentos entendidas, pero sobre todo vividas en esta dinámica, son una oportunidad *cronológica-kairológica-anamnética* para recordar algunos de los hechos más importantes en nuestra vida, así como las personas centrales en ella y esto siempre mediante la palabra viva y en comunidad eclesial. Empero, es conveniente recordar que la celebración litúrgica del sacramento es más que una simple práctica cultural en el que se pretende traer llanamente a la mente y al corazón un recuerdo del pasado. Celebrar el sacramento en un sentido de *anamnesis*, reclama la configuración de la propia vida con la vida de aquél a quien se rememora. Con esto se estará logrando una configuración del sentido ético práctico de lo celebrado sacramentalmente con lo vivido cotidianamente. De este modo tendrán sentido y razón de ser nuestras celebraciones al tiempo que dejaran de representar momentos alienantes que más que develar el verdadero sentido del sacramento lo opacan. Celebrar es, en definitiva, hacer que se torne presente la novedad de la vida: la que Dios celebra con su pueblo y el pueblo con su Dios.

3.- Desafío a la simbología litúrgica: Una realidad irrefutable es que en nuestro mundo, los símbolos constituyen el marco expresivo y celebrativo fundamental de la vida humana, es decir, estos se encuentran enraizados en la vida del hombre, aunque vivamos, según Paul Tillich, en la época de los “símbolos rotos.”<sup>357</sup> Dado que el ser humano es un ser expresivo por naturaleza, vemos que tanto lo simbólico y lo sacramental son dos dimensiones radicadas en lo más profundo de la antropología

---

<sup>357</sup> Citado por: PIÑÓN F., PEREA, J. O., CORREA, V., MORA, E., (Orgs.). *Concepto y problema de Dios*. Una reflexión filosófica. Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Iztapalapa. México: Plaza y Valdés, p. 75.

humana, aún en aquellas prácticas que calificamos como seculares. El mundo humano y secular — dice Leonardo Boff —, aun el más material y técnico, “nunca es sólo eso; sino por el contrario, es simbólico y cargado de sentido.”<sup>358</sup>

Sin embargo vemos que hoy en día el símbolo se encuentra seriamente amenazado por varios frentes, sea por una exasperación casi mesiánica de la razón con su referencia a la cultura técnico-cientificista, sea por el pragmatismo instrumental que domina el Occidente moderno. Sea cual fuere la problemática, esta realidad de la secularidad moderna ha alcanzado el ámbito cristiano dado que el planteamiento central de su doctrina sacramental se revela bajo el presupuesto de lo simbólico, de tal manera que al entrar en crisis el símbolo, por ende, el cristianismo y los sacramentos experimenta esta realidad.

La recuperación de lo simbólico: Aquí radica la importancia de recuperar lo simbólico en la antropología, sobre todo la antropología cristiana, ya que como apuntábamos en el primer capítulo de nuestro trabajo, el hombre por naturaleza es un ser que antropológicamente se expresa mediante símbolos y signos, tanto a sí mismo como a sus sentimientos más profundos (el dolor, la alegría, la esperanza, la belleza, la fe, la pena, la angustia...), los cuales no son ni pueden ser alcanzados en su inteligibilidad por el *logos* de la ilustración y de la razón moderna. Para poder superar la crisis sacramental que nos aqueja, es importante partir de la constatación de que el símbolo, por su constitución polisémica, es la forma más diáfana y al mismo tiempo, la condición de posibilidad para que el ser humano pueda expresar las dimensiones ininteligibles de su ser. El misterio no se puede expresar más que simbólicamente. Las palabras no bastan; las ideas y la lógica son insuficientes. El misterio siempre nos desbordará ante cualquier intento de objetivarlo o conceptualizarlo. Ante él, se descubre que vale más callarse que hablar. El misterio no significa el límite de la razón, sino lo ilimitado de la razón. Cuanto más conocemos a Dios y su designio de comunión con los seres humanos, más nos sentimos invitados y desafiados a conocer y a profundizar. Por ello siempre será necesario hallar una acción simbólica para decir lo que está oculto en el fondo de la existencia de una persona o de un pueblo.

---

<sup>358</sup> Cf. BOFF, L., *Los sacramentos de la vida y la vida de los sacramentos*, op. cit., p. 10-11.

Las comunidades cristianas hoy tienen una necesidad de expresar sus experiencias antropológicas más profundas como la fe y su esperanza, y el símbolo se presenta aquí como paradigma de posibilidad para poder realizarlo.

Por ello considero importante la recuperación y valorización de lo propiamente simbólico en la vida eclesial. Hemos visto que la necesidad de comunicación — y sobre todo para poder comunicar lo más íntimo de su ser —, lleva al hombre a hacer surgir el lenguaje simbólico. Aún el hombre moderno, imbuido ciertamente en un mundo técnico es también creador de símbolos expresivos de su interioridad y capaz de descifrar el sentido simbólico del mundo. El mundo moderno, marcado por un profundo secularismo, nunca es sólo eso, sino además, es un mundo simbólico. El hombre de hoy no es la excepción, y por ello enfatizo la importancia de rescatar lo propiamente simbólico, ya que el hombre — moderno o postmoderno — por su misma dimensión antropológica, posee esta cualidad extraordinaria: la de poder crear y leer los símbolos significativos en su caminar. Por todo ello colocamos otra hipótesis como alternativa a superar la crisis sacramental, la recuperación simbólica en la actividad humana, tanto religiosa como secular.

4.- Desafío para la recuperación de la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II: En la renovación de la Iglesia promovida por el Concilio Vaticano II, el cual es visto como un hito eclesial en el mundo moderno, se reflexionó y se elaboró una nueva eclesiología que propició una nueva teología sacramental en la que se presenta no sólo un cambio de contenido epistemológico sino un cambio de paradigma cultural. Su horizonte de desafío y de diálogo es el de la modernidad, y en este marco, los padres conciliares fueron lo suficientemente sensibles y audaces, no sólo para percatarse de la crisis sacramental que se vivía entonces, cuanto para retomar los presupuestos del movimiento litúrgico iniciado al inicio del siglo XX y reflexionar algunas posibles pautas y presupuestos que ayudasen a su renovación.

La importancia del Vaticano II para superar la «actual crisis sacramental»: Una de las resoluciones que arrojaron las reflexiones conciliares, en lo referente al tema que nos ocupa, fue la premisa de que provisionalmente se pueden describir en todo sacramento tres niveles distintos: a) El nivel teológico, es decir, el tipo, la intensidad y la calidad de relación con Dios que se establece en el sacramento *per se*, y que

tradicionalmente se describe como la recepción o el aumento de gracia desde una perspectiva tridentina de *ex opere operato*: b) El nivel antropológico, es decir, la mediación simbólica concreta relacionada siempre con los hombres a través de la cual se realiza el acontecimiento de la gracia; c) El nivel de celebración externa o comunitaria, que incluye ritos, gestos, palabras, expresiones, sonidos, etc., y que hacen del sacramento un acto visible, inteligible, social y sobre todo comunitario y no meramente un acto interno e individual.

Según el esquema anterior, un síntoma de la crisis de los sacramentos en el mundo moderno, consiste en que se pretende cambiar el tercer nivel sin cambiar el primero. Se pretende una renovación litúrgica mediante nuevas fórmulas y rúbricas acorde a la realidad actual, mientras consciente o inconscientemente se mantiene el primer nivel como autónomo teológicamente. Es decir, otorgando a los sacramentos una autonomía que los desarticula de la misión de la iglesia.

En las celebraciones de los sacramentos, por parte de las comunidades cristianas, se debe tener muy en cuenta esta situación para no desarticular los sacramentos de su misión en la iglesia de ser signo de la gracia de Dios a los hombres, “sacramento universal de salvación”<sup>359</sup> y señal e instrumento de unidad. Los sacramentos, así como la iglesia misma, no poseen su importancia en sí mismos sino son expresión sacramental de algo mayor que los abarca y trasciende. Pensar a los sacramentos de esta manera, les hace perder su autonomía tanto en el plano de la práctica sacramental como en la reflexión teológica. En la superación de esta dicotomía, podremos ubicar unas luces que nos ayuden a su vez a superar la crisis sacramental hoy.

5.- Concluyendo nuestro estudio, podemos decir que aún tenemos una cuenta pendiente en lo referente a la manera de entender, percibir y celebrar los sacramentos y los sacramentales dentro de la iglesia católica. Recurridos cincuenta años del hito conciliar en la historia reciente de la iglesia, muchos de los planteamientos del así llamado movimiento litúrgico retomado en gran parte por la Constitución

---

<sup>359</sup> Cf. LG n. 48; GS n. 45; AG n. 1.

*Sacrosanctum Concilium* sobre la sagrada liturgia,<sup>360</sup> continúan pendientes y en espera de su realización.

La renovación litúrgico-sacramental pasa necesariamente por una relación dialéctica entre la vida y la celebración. Desde el ámbito de la práctica cristiana de los sacramentos descubrimos que es precisamente aquello vivido con anterioridad, en concordancia con el seguimiento de Jesús, lo que en última instancia da sentido y razón de ser a la celebración sacramental y litúrgica.

Al igual que la teología referente a la fe, la celebración litúrgico-sacramental será siempre un acto segundo. “El sacramento significa la culminación de todo un proceso de conversión, de compromiso y de servicio a la causa renovadora y liberadora de Cristo. El rito, sin el compromiso que supone, encarna y expresa, es magia y mentira ante los hombres y ante Dios.”<sup>361</sup> La resistencia del varón y de la mujer de nuestros tiempos a la vivencia sacramental nos debe hacer reflexionar y cuestionarnos sin miedos, con audacia evangélica, si vivimos realmente con el corazón abierto a la búsqueda de nuevos horizontes que nos ayuden a transitar una verdadera renovación de toda la praxis cristiana y en particular la dimensión sacramental.

En conclusión llegamos a evaluar que el modelo de pastoral sacramental vigente, fruto de una pastoral de cristiandad, en la cual se procuraba que todos fuesen cristianos por tradición y no por convicción, ha quedado en desuso. Es necesario abandonar ese estilo y las ambiciones de una iglesia masiva de cristiandad, si los católicos quieren ser realmente el fermento de una nueva iglesia, sacramento de salvación. El reto para la iglesia sería, en este caso, pasar de una iglesia de masas a una iglesia de verdaderos cristianos convencidos y comprometidos, lo cual lleva a la necesidad de un cambio en sus estructuras. Por ello es muy saludable que frecuentemente nos preguntemos acerca de los paradigmas a partir de los cuales la iglesia dialoga con el mundo, para que de esa manera vivamos en una permanente renovación litúrgico-sacramental y así podamos dar respuestas a los interrogantes existenciales de la humanidad.

---

<sup>360</sup> Cf. SC n. 25-40; 47-78.

<sup>361</sup> BOFF, L., *Los sacramentos de la vida y la vida de los sacramentos*, op. cit., p. 96.

En el contexto de América Latina, los paradigmas con los cuales la iglesia se enfrenta y pretende dar una palabra son: la exclusión, la injusticia, el dolor y la pobreza. Es a partir de esta realidad que surge la necesidad de pensar en una sacramentología en clave de liberación, la cual ya está en andamiento.

Estoy consciente de que esta reflexión aquí presentada es limitada por ello siempre será una *Opera aperta*.<sup>362</sup> Sin embargo, el propósito de este trabajo es el de contribuir y ser una voz más que llamé la atención sobre la importancia de reflexionar estos dos temas por demás importantes: Evangelización y sacramentalización.

Al final de esta reflexión, abrigo la tierna esperanza de que este trabajo ayude, de alguna manera, a vivir más cristianamente la vida sacramental en la iglesia y la iglesia sacramental en la vida cristiana.

---

<sup>362</sup> *Obra abierta u obra en movimiento* es un libro de Umberto Eco publicado en Italia en 1962 con el título de: *Opera aperta*. Aquí se sigue que toda investigación debe ser una obra abierta y no conclusiva ya que siempre existirá la posibilidad de nuevas ventanas y otras puertas a ser abiertas. Al tiempo que Eco publicaba su libro, otro semiólogo reconocido, Roland Barthes, proponía que la obra debe ser siempre abierta para que no muera. En todo estudio científico, es bueno recordar, lo más importante no son las respuestas sino las preguntas.